

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

LAS MOSCAS

No parece que las moscas sean un interesante objeto de meditación. Antes, para designar una acción absurda y desmesurada se decía: “Es como matar moscas a cañonazos”. Dedicarles un artículo sería la operación inversa, pero igualmente desmesurada y absurda. En ambos casos daríamos demasiada importancia a estos molestos dípteros. Pero tal vez esté volviendo a la infancia, y en su fauna cordial las moscas tienen un especial protagonismo. Formaban parte de nuestra formación moral. “Cuando el diablo no tiene qué hacer, mata moscas con el rabo”, nos decían. O nos repetían la fábula de Sa-

maniego, y después de contarnos que 2.000 moscas golosas quedaron presas en un panal de rica miel, añadían con voz grave: “Así, si bien se examina, / los humanos corazones / perecen en las prisiones / del vicio que los domina”. Qué interesante era seguir el vuelo de una mosca mientras la maestra, en mi caso sor Antonia, cantaba la tabla de multiplicar. Vuelvo en el recuerdo a la plazuela toledana donde viví y disfruté mis primeros años, y donde, con motivo de la celebración de un mercado, aparcaban los carros. Porque yo he conocido la cultura del carro, y de sus semovientes y presencié la lucha de las caballerías contra las moscas y los tábanos, que es una lucha ancestral, mitológica, transcultural. Pero no quiero convertir este artículo en autobiográfico. Ni tampoco voy a escribir un artículo poético, aunque recuerde el poema de Antonio Machado: “Vosotros, las familiares, / inevitables golosas, / vosotras, moscas vulgares, / me evocáis todas las cosas”. Ni

tampoco sobre teatro, aunque me acuerde de *Las moscas* de Jean-Paul Sartre y pueda. No, no caeré en las sugestivas trampas de la erudición baldía. Este texto es científico. Acabo de leer un artículo publicado en *Investigación y ciencia*, que comienza de esta sorprendente manera: “La mosca común constituye un verdadero logro de la ingeniería aeronáutica”. Su habilidad para esquivar el matamoscas se debe a la notable velocidad con que bate las alas, nada menos que unas doscientas veces por segundo, y a su fantástico aprovechamiento de la energía. Necesito un respiro para reponerme. Pero vuelve a descomponerme saber que los nanoingenieros, que son los ingenieros de lo archimínusculo, están muy interesados en copiar las habilidades de la mosca.

**LA MOSCA
BATE LAS
ALAS 200
VECES POR
SEGUNDO
Y HAY
INGENIEROS
QUE
QUIEREN
COPIARLA EN
MÁQUINAS**

Pretenden utilizarlas para complicadas labores de espionaje —lo digo en serio—. Tengo que agradecer dos cosas a ese artículo tecnológico. La primera es que me permite ver de una manera diferente la realidad, o al menos una pequeña parte de ella: la mosca. En segundo lugar, me informa sobre el modo como trabaja la inteligencia creadora.

Aprovecha lo que ve para urdir proyectos. Ve en las cosas lo que el resto de los mortales no ve: posibilidades. No pienso escribir nunca un tratado de metafísica, porque puedo resumirlo en una frase: la realidad es lo que es, más el conjunto de las posibilidades que la inteligencia encuentra en ella. O sea, que ya he escrito mi microtratado de macrometafísica. En ese proceso expansivo, constructor, hiperbólico, exponencial, transfinito, ascendente vivimos todos. Siempre, como los escaladores, a medio camino entre la cima y el precipicio. En *The Razor's Edge*, en el borde de la navaja, título de una de las novelas de mi adolescencia, del olvidado Somerset Maughan. Como dirían mis jóvenes alumnos, esto de la posibilidad *me pone*. Curiosa expresión. ¿Cómo me pone? Pues me pone en forma.

¿Y todo esto ha salido de una mosca? Por supuesto. Les aseguro que yo no me lo he inventado. ■



Raúl